

HISTORIA

Pretencioso y descuidado

Después de la hojarasca. United Fruit Company en Colombia, 1899-2000

MARCELO BUCHELI

Banco de la República/Universidad de los Andes, Bogotá, 2013, 236 pp.

SOBRE LA presencia de la United Fruit Company (UFCO) en Colombia versa *Después de la hojarasca*, cuya versión original fue presentada como tesis de doctorado en los Estados Unidos, y en 2005 fue publicada en inglés con el título de *Bananas and Business*. Para analizar este libro vamos a considerar dos apartados.

Silencios y omisiones

A lo largo de la exposición se destila un tono pretencioso sobre los resultados de la investigación. Muchas de esas ideas que se pretenden novedosas, o son polémicas o se sustentan en premisas equivocadas.

Que el autor se extienda a todo el siglo xx y examine otros momentos diferentes a la época “clásica” de la UFCO, en sí mismo, no es una demostración que indique que son equivocados los recuentos históricos sobre la constitución de enclaves imperialistas y de repúblicas bananeras en América Central, como lo prueban hechos históricos claramente establecidos sobre Honduras y Guatemala. Que la UFCO se haya convertido en una empresa dedicada al mercadeo no indica que haya dejado de ser imperialista ni que se haya borrado su historial infame en varios países de América Latina.

Aunque el autor recalca que su objetivo va más allá del recuento de lo sucedido con la UFCO en las tres primeras décadas del siglo xx, cuyo hecho más tristemente memorable es la masacre de diciembre de 1928, al asunto le dedica el capítulo cuarto, que no es novedoso. Es una especie de balance bibliográfico que se reduce a seguir los estudios de Judith White y de Catherine LeGrand, pero deja de lado otra bibliografía básica sobre el asunto, como *Gente muy rebelde*, de mi autoría, y *Bananeras, 1928-1978*, de la Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia (CSTC).

El autor se presenta como el primero que rompe con el dilema de catalogar lo sucedido en 1928 como un movimiento revolucionario (calificativo usado por personajes ligados al Partido Socialista Revolucionario) o como un levantamiento comunista (la versión oficial del gobierno de la época). Tal pretensión es infundada, puesto que otras indagaciones habían indicado que esta huelga estuvo motivada por exigencias apenas elementales, encaminadas a mejorar las condiciones laborales de los trabajadores del banano; pero ello estuvo acompañado de la influencia de ideas socialistas revolucionarias y anarquistas, lo cual no le quita ese carácter reivindicativo.

El autor pretende demostrar que, contra lo que se ha dicho, el movimiento obrero de 1928 no murió con la represión del mismo año, sino que resurgió después en la década de 1930, con la huelga de 1934. Eso no es ninguna novedad, y ya estaba dicho y demostrado hace décadas, como se registra en los artículos de Carlos Low en la revista *Alternativa*, cuando se conmemoraron los 50 años de la masacre, y en su tesis *Conflictos agrarios en la zona bananera: 1910-1947* (Departamento de Sociología, Universidad Nacional, 1984).

El autor subraya que él es el primero en examinar las estrategias que impulsó la UFCO desde la década de 1960, tanto en la región bananera del Magdalena como en el Urabá antioqueño, destacando las diferencias que se presentaban en las dos regiones, sobre todo en lo que respecta a los empresarios. Pero su tratamiento de lo acontecido en Urabá con los empresarios bananeros y con la Chiquita Brands, la misma UFCO, es bastante pobre, si recordamos lo que sucedió en la región con el financiamiento de grupos paramilitares.

En el libro de Bucheli existe un silencio preocupante al respecto, y las dos menciones que se hacen son de una terrible ambigüedad y generalidad (p. 123 y p. 163). Allí aparece la “teoría de los dos demonios” en Urabá, pero nada se dice sobre la responsabilidad de los grandes empresarios del banano en la conformación de grupos paramilitares, para limpiar sus fincas de incómodos sindicalistas y militantes de izquierda.

RESEÑAS

Podría pensarse que este silencio se explica porque la edición original del libro en inglés es de 2005, cuando todavía no se contaba con información clara y precisa sobre las acciones de la Chiquita Brands. Pero en 2013, cuando se realiza la edición en español, que tiene un prólogo del autor fechado en agosto de ese año, no hay disculpas. El autor debió actualizar la edición en español de su libro, con la incorporación detallada de los crímenes de Chiquita Brands, una empresa que fue sancionada y multada en Estados Unidos con 25 millones de dólares por financiar y armar grupos paramilitares. Y como no es de un hecho intrascendente del que se habla, es decepcionante que ese tema no aparezca en un libro dedicado a la historia de la UFCO en Colombia durante todo el siglo xx, puesto que la historia de esa empresa estadounidense en nuestro país se volvió a teñir de sangre, como había sucedido en 1928. Sí que resulta desafortunada la afirmación de Bucheli al comenzar el capítulo quinto: “En este capítulo analizaré las condiciones que permitieron que los sindicatos se volvieran poderosos y mostraré cómo lograron finalmente ‘matar’ a su empleador” (p. 153). Claro, este es un lenguaje figurado; el problema es que en el Urabá de finales del siglo xx, los empresarios bananeros, encabezados por la Chiquita Brands, sí mataron físicamente a sus trabajadores y no en forma metafórica. Por supuesto, se argumentará que en Urabá todos los sectores involucrados participaron en la violencia que allí se presentó, pero lo que no se puede dejar de lado ni eludir es la responsabilidad directa de los grandes empresarios del banano y de la Chiquita Brands en ese baño de sangre.

Inexactitudes a granel

Las pretensiones renovadoras de las que hace ostentación Marcelo Bucheli se contradicen con las imprecisiones en las que incurre. Inexactitudes tales como la de aseverar que en la década de 1930 existía un Partido Socialista, como lo hace en varias ocasiones. Así, afirma que López “trabajó de manera cercana con miembros de los [sic] Partido Socialista y Comunista” (p. 108). “Antes de las elecciones de 1930 el Partido Liberal presenció el crecimiento de un ala radical cercana a

RESEÑAS		HISTORIA
<p>los partidos Socialista y Comunista” (p. 106). Un imposible, porque las elecciones de 1930 fueron en febrero, y el Partido Comunista fue fundado en junio de ese año y, por lo tanto, ninguna facción del Partido Liberal podía estar próxima a algo que no existía; además, el Partido Socialista al que hace mención se denominaba Partido Socialista Revolucionario. En otra parte afirma: “Ningún presidente colombiano aparte de López ha invitado a un líder sindicalista comunista a dar un discurso desde el Balcón presidencial ni ha visto manifestaciones de los Partidos Comunista y Socialista donde la gente cantara: ‘Viva el Presidente’ ” (p. 149).</p> <p>Existen más imprecisiones, como referirse a lo que “Lenin llamó la última etapa del imperialismo” (p. 53), cuando habló fue del imperialismo como fase superior del capitalismo. Otra más:</p> <p>Raúl Mahecha era uno de los principales organizadores de la huelga de 1927 de los trabajadores de la Tropical Oil Company en la ciudad de Barrancabermeja y había sido educado y entrenado para la acción revolucionaria en la Unión Soviética” (p. 138)</p> <p>Decir esto es un ejemplo de desinformación, puesto que antes de dirigir las huelgas contra la Tropical (en 1924 y 1927) y contra la United Fruit Company (en 1928), Mahecha jamás había estado en la Unión Soviética. Viajó allí en el año de 1929, tras huir de la zona bananera, en donde se le puso precio a su cabeza, y después de su regreso a Colombia ya no participó más en movimientos políticos ni sindicales.</p> <p>Las imprecisiones no terminan ahí. “La breve dictadura de Rojas terminó en 1958 (...) los civiles regresaron al poder con el presidente liberal Carlos Lleras, el primer presidente del Frente Nacional” (p. 158). Estas dos imprecisiones son inadmisibles en un libro tan pretencioso como el que comentamos, y en editoriales como la de la Universidad de los Andes, que tanto alardea de ser una de las mejores universidades del país. ¿Dónde estaban los correctores, los pares académicos e incluso el prologuista del libro para evitar tamañas imprecisiones? Es inadmisibile este tipo de yerros tan elementales en libros universitarios.</p>	<p>A veces el lenguaje del autor personifica el mercado, como cuando sostiene que “el mercado <i>reaccionó</i> [el destacado mío] ante la situación de la compañía aumentando su tasa de riesgo” (p. 63). Y por momentos condena ciertos hechos, como cuando habla de “las reformas agresivas de López” (p. 110).</p> <p>La forma como el autor considera que se hizo justicia en el caso de la UFCO por su participación en la masacre de 1928 es una joya: “(...) si tomamos en cuenta la existencia de un sistema democrático en Colombia en aquella época, encontramos que United Fruit pagó un precio por su actitud” (p. 151), es decir, por su crimen de 1928. ¿Y cuál fue el precio? Que en la huelga de 1934 el gobierno se pusiera de parte de los trabajadores y estos tuvieran éxito en sus peticiones. Ante esto, “United Fruit podía hacer poco para cambiar o desafiar esta situación. La manera silenciosa y pacífica [¡!] como United Fruit aceptó la decisión del gobierno es una evidencia clara de que la compañía tenía que adaptarse al cambio de los tiempos” (p. 151).</p> <p>Existen afirmaciones que no tienen evidencias, como cuando se señala: “Los antiguos trabajadores de las plantaciones aún recuerdan que en aquellas épocas [la década de 1960] los sindicatos de la compañía iban a la huelga por casi cualquier motivo, y que la compañía siempre terminaba dándoles lo que querían” (pp. 158-159). En ninguna parte el autor dice cuáles fueron esas huelgas y cuándo se realizaron, para demostrar que lo dicho por esos trabajadores tenía un sustento empírico consistente.</p> <p>En conclusión, se puede decir que el libro de Marcelo Bucheli terminó siendo decepcionante, pese a los continuos anuncios sobre su originalidad. En términos de contenido, no son muy claros los alcances de las pretensiones enunciadas y, lo peor, el libro es terriblemente descuidado; sus equivocaciones en cuanto a los hechos e inconsistencias le quitan seriedad y rigor, exigencias indispensables de una labor editorial de altura. ¿Será porque las editoriales ya no contratan correctores de estilo, sino que dejan esa labor en manos de los correctores electrónicos, con lo cual aumenta la flexibilidad laboral, contra</p>	<p>la que han luchado los trabajadores bananeros?</p> <p>Renán Vega Cantor Profesor Universidad Pedagógica Nacional</p>